

BALCANISMOS

Manifiesto contra los estereotipos

Miguel Roán



BÁLTICA
ensayo

© Miguel Rodríguez Andreu
© de esta edición: Báltica Editorial
© de la cubierta: Fernando Ampudia

Maquetación: Prema Served, www.premaserved.com
Impresión: Estugraf Impresores S.L.
Pol. Ind. Los Huertecillos, Calle Pino, nº 5, 28350 Ciempozuelos, Madrid

ISBN: 978-84-947227-9-0
DL: M-20361-2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopias o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi abuela, Laura.
Lealtad y su tapizado de flores.

Y, sin embargo, yo era humano, no sabía lo que había hecho, y no dependía de mí juzgarlo. Incluso la justicia puede errar; ¿por qué debería haberme responsabilizado de él y cargar con posibles remordimientos? También había suficientes razones para ayudarlo. Pero eran de alguna manera razones vagas, insuficientemente convincentes. Me las inventaría y les daría importancia solo para que sirvieran para protegerme de la verdadera razón, la única razón que importaba: que había tratado de absolverme a mí mismo a través de él.

Meša Selimović, *El derviche y la muerte*

BORRASCOSOS

En marzo del 2019 llegó a mi bandeja de entrada un correo electrónico, tan inesperado como bienvenido. Desde la Embajada de España en Sofía me invitaban a una mesa redonda. El propósito del evento era proyectar una imagen alternativa de los Balcanes: se trataba de cuestionar los estereotipos negativos sobre la región. El título del evento era: «¿Cumbres borrascosas?: visiones de los Balcanes desde los Pirineos». En la invitación se incluía una definición propuesta por la RAE del adjetivo *borrascoso*: «Dicho de una reunión o de un movimiento histórico o político: Agitado, violento». Empujado por la curiosidad, inmediatamente después, busqué otras definiciones de ese adjetivo. La cuarta acepción dice así: «Dicho de una vida, de una diversión, etc.: Dominadas por el desorden y el libertinaje».

Todas estas palabras que salen en el diccionario, tales como *histórico*, *violento*, *agitado*, seguidas también de *desorden*, *libertinaje*, *diversión*, mal o bien traídas al caso, eran palabras reconocibles, formaban parte de un repertorio al que recurren generalmente los medios para describir los Balcanes, sobrevuelan reportajes y opiniones, aunque no se mencionen expresamente, y también muestran las contradicciones del mundo balcánico, que las hay: nostalgia y fanfarria, y algún que otro Drácula. Pasiones y crueldades ancestrales.

Ante la invitación tuve reacciones de esas que el subconsciente nos regala sin haberlas procesado, instintivas y entretrejidias, que luego se desovillan como una madeja de lana. Me satisfacía que una institución pública consagrara sus esfuerzos a la comprensión de los Balcanes. Me alegraba tener una razón para volver a Sofía después de muchos años, y de encontrarme en la capital búlgara con Marc Casals, articulista, traductor políglota y residente en Sarajevo, al que me unen largas horas de tertulia, vasos de cristal y mesas de madera con mantel; y, también, a Enrique Criado, diplomático español, al que había conocido en Madrid no hacía tanto y que acababa de publicar *El paraguas balcánico*, un ameno e ilustrativo libro de viajes centrado sobre todo en el mundo búlgaro. Los tres íbamos a compartir una mesa redonda junto al reputado periodista búlgaro, Boyko Vassilev. Tanto la cita como el lugar eran más que inspiradores, la Academia de Ciencias de Bulgaria.

Habían sido incontables las veces que había dedicado mi tiempo a desmontar los estereotipos sobre los Balcanes o al menos a intentar mostrar una realidad más compleja, por lo general, sin demasiado éxito. Resulta más fácil engañar a alguien que hacerle cambiar de opinión, y aunque sienta que pueda tener razón en algo, poco importa si no se tiene un buen micrófono y las maneras más persuasivas de decirlo. De todos modos, la invitación en sí me inspiraba un ejercicio de introversión más profundo, vital incluso. Me retrotraía a mis primeros coqueteos con el estudio

de los Balcanes, un interés que se había fraguado desde mi adolescencia, igual que se acumulan los sedimentos sobre la tierra húmeda. Y cierta sensación de madurez resignada, que tiene que ver con la edad, pero también con el reconocimiento de las propias limitaciones. Sigo haciéndome más preguntas que respondiéndolas, y permanece invariable en mí el deseo de regresar a las líneas que hay en las baldas de mi biblioteca, convencido de que la memoria es escurridiza y que muchas respuestas están entre esas páginas, escondidas en algún párrafo olvidado.

Con esta invitación, vinieron a mi mente todas esas lecturas, declaraciones y actitudes trufadas de estereotipos negativos, con los que se analizó en su momento la guerra de la antigua Yugoslavia (y todavía se sigue haciendo). Aquella fue la guerra de mi generación, con la que crecimos muchos europeos frente a los televisores, sin entender a qué venían esas casas de ladrillo regurgitando humo y fuego bajo jirones de niebla otoñal, las caravanas de refugiados y los políticos con nombres impronunciables rodeados de militares de gesto adusto y mandíbulas prominentes. Tanto el episodio histórico en sí, como la manera en la que se narró, tuvieron un gran impacto en mi forma de ver el mundo y de analizarlo. Comprender aquel capítulo de la historia europea, donde se profería una visión embrutecida de los Balcanes, se convirtió, de alguna manera, en una especie de desafío intelectual.

No son esos estereotipos sobre los Balcanes un patrón de análisis exclusivo de los años noventa. En el fondo, son

anteriores: narrativas históricas apuntaladas desde hace mucho tiempo en las mentes de los observadores europeos y de la población en general. En España, en la obra de teatro *Cuatro corazones con freno y marcha atrás*, de 1936, el dramaturgo Enrique Jardiel Poncela relata cómo cinco personas consiguen la inmortalidad tras consumir un elixir de la eterna juventud, pero con el tiempo se sienten decepcionados con el resultado. Y salen los Balcanes como salen:

Emiliano. —¿La francoprusiana? ¡Ah!... Sí. Bueno, es que ha conocido una de guerras... ¿Cuántas guerras habremos conocido nosotros, señor Bremón?
Bremón. —Contando esta última grande de mil novecientos catorce, y sin contar las de los Balcanes, quince, y contando las de los Balcanes, noventa y nueve.

Por otro lado, sabía que referirme a los estereotipos, me encaminaba, contradictoriamente, a reproducirlos o a reflexionar sobre ellos, la mayoría de las veces, a mi pesar, dejando tras de sí una estela negativa, tanto en mi texto como en mi pensamiento; pero, paradójicamente, estos mismos estereotipos se hilaban con mi propio recorrido personal: esos días cuando ser un veinteañero, irse a vivir a Belgrado y explorar los Balcanes tenía un punto idealista y gamberro, tan bienintencionado como ingenuo. Como sea, la emoción del descubrimiento iniciático, como el

niño que viaja por primera vez en tren, desgraciadamente, ha desaparecido, pero mi voluntad de ofrecer una visión más cercana y menos insólita de la región siempre ha permanecido inalterable.

Este pequeño ensayo es un recorrido personal sobre los esquemas mentales que conformaron aquella conferencia en Sofía, tras la cual hay cavilaciones muy meditadas e incluso conformidades molestas, que tardé lo suyo en aceptar por ignorancia y terquedad. Descubrirán los lectores al final un contrasentido deliberado. Este libro consta de dos partes. En la primera parte analizo los estereotipos más habituales sobre la región, y en la segunda parte revelo el contenido y sentido de mi ponencia en Sofía. No quise en aquella jornada referirme expresamente a los estereotipos negativos, porque de hecho había una especie de meta-estereotipo en el planteamiento mismo de aquella conferencia. Daba por hecho que los asistentes al debate asumirían que hablaría sobre los estereotipos negativos, aunque mi intención era bien distinta, quería impugnarlos sin mentarlos. Pienso que es una estrategia acertada hablar de más cosas cuando se pretende cuestionar los estereotipos. Este libro aspira a aportar unas gafas más amplias para ver los estereotipos sobre los Balcanes o, si me apuran, unos prismáticos o un microscopio según se mire.

Revisé la definición de *estereotipo* en la RAE: «Imagen o idea aceptada comúnmente por un grupo o sociedad con carácter inmutable». La paradoja del estereotipo con-

siste en ser una ilusión que simplifica un escenario heterogéneo, pero que, sobre todo, oculta otras realidades, esconde los cambios y hasta los condiciona si se quiere. Sentía respeto por un enemigo que me había acompañado como si fueran nubes negras durante más de una década. Nunca nadie me había pedido ni encomendado que los combatiera, pero son las luchas que elige uno, cuyas motivaciones más profundas exigirían seguramente de otro ensayo, un buen psicólogo y de muchas horas de diván. Enfrentarme con los estereotipos es una lucha desigual, aunque siempre merecerá la pena plantarle cara, para no traicionar nunca aquella primera idea, aquel desafío personal con el que empecé a acercarme a los Balcanes siendo un adolescente.